

LA RELIGIÓN Y LA FIESTA DE MOROS Y CRISTIANOS

*Excmo. y Rvdmo. Sr.D. Rafael Sanus Abad, Obispo Auxiliar de Valencia
Alcoy, 8 de febrero de 1999*

1. De la fiesta de Moros y Cristianos se puede afirmar lo que se dice, en el Quijote, del Retablo de Maese Pedro: que se trata de “una de las cosas más de ver que hay en el mundo”. Y como es así la gente va a verlas. Masivamente. Son popularmente masivas.

Pienso en los dos tipos de fiestas “masivas” que se dan en la Comunidad Valenciana: las Fallas y las fiestas de Moros y Cristianos.

En las Fallas de Valencia, medio millón de personas deambulan por la ciudad en las horas punta. En Alcoy, miles de personas presencian las Entradas y la aparición de San Jorge.

Existe una diferencia fenomenológica entre las Fallas y los Moros y Cristianos: en las Fallas la gente va y viene, se mueve constantemente de un sitio a otro. En Alcoy, la gente permanece sentada contemplando el espectáculo. Fiesta nómada y fiesta sedentaria.

2. Y ¿qué contempla la gente desde sus asientos? Una obra de teatro. La fiesta de Moros y Cristianos tiene una estructura teatral: se representa un drama. ¿Qué drama? Los ocho siglos de la Reconquista española. Las fiestas de Moros y Cristianos son la memoria histórica de la lucha multiseccular de los españoles por recuperar su patria y salvar su fe cristiana. Representa la impresionante, larga y azarosa empresa (con sus luces y sus sombras, desde luego) por “reconquistar” el derecho a vivir la fe cristiana en paz y libertad. Además, esa Reconquista nos ha situado, gracias a Dios, en el fecundo camino de la cultura occidental y cristiana que es, la creadora de la ciencia y técnica modernas y en la que se han desarrollado más y mejor las exigencias de los llamados derechos humanos.

En Alcoy, que es lo que mejor conozco, ese drama teatral se configura en tres actos: presentación de los personajes (Entradas), desarrollo de la

acción (embajadas y alardo) y desenlace (victoria cristiana, aparición de San Jorge).

3. En consecuencia, las fiestas de Moros y Cristianos son, **histórica y objetivamente**, fiestas religiosas, fiestas cristianas, en su misma esencia. De lo contrario, no pasarían de ser un mediocre carnaval, un carnaval híbrido, mucho menos vigoroso y atractivo que el de Río de Janeiro, desde luego. Un carnaval **devaluado**, porque lo que da sentido y **énfasis** a las Fiestas de Moros y Cristianos es la fe cristiana.

Por eso la presencia de lo religioso tiene tanto peso y ocupa tanto espacio en nuestras Fiestas y está tan imbricado en lo lúdico, así aparece en la típica Trilogía alcoyana: durante todo el segundo día se interrumpe la representación del drama y San Jorge es el único y exclusivo protagonista: procesión de la reliquia, misa solemne, procesión general. Es como un paréntesis dedicado a **explicar y** saborear el sentido de lo que ha ocurrido (las Entradas) y de lo que va a ocurrir (el alardo).

4. Aquí es muy necesario y, por tanto, **muy importante**, distinguir entre las fiestas y los festeros. Las fiestas son esencialmente cristianas, los festeros pueden no serlo. En efecto, entre los festeros se da toda la gama de comportamientos de fe y de no-fe que las encuestas sociológicas señalan con respecto a los españoles: católicos practicantes, católicos no practicantes, indiferentes, agnósticos y ateos. Pero, en cualquier caso, actitud religiosa "coloreada" por la Fiesta. He aquí una expresiva anécdota que manifiesta lo que quiero decir. Un amigo mío alcoyano, hombre culto, agnóstico y muy festero me decía: "Yo no creo en Dios, pero en San Jorge, sí".

¿Una "boutade"? Es posible. Pero cuando a la expresión de la fe se la saca de la liturgia y se la convierte en religiosidad popular, se abre la puerta a toda clase de deformaciones: superstición, magia, herejías **materiales**. Sólo en la liturgia se cumple el maravilloso principio: "*Lex credendi statuit legem orandi, et lex orandi statuit legem credendi*". No obstante, la religiosidad popular tiene un gran valor como expresión de la fe que llega hasta la raíz de la idiosincrasia de un pueblo.

Creo que, como pastores, nuestro objetivo **primero y fundamental** ha de ser el de salvaguardar, subrayar y cultivar el carácter religioso de nuestras fiestas en cuanto tales y, a partir de ahí, ocuparnos de la fe de los festeros. Dicho de otro modo: a través del carácter cristiano de las fiestas llegar, en la medida en que se pueda, a la fe de los festeros. Aquí

la institución tiene la primacía. Tenemos que defender por todos los medios pastoralmente legítimos, el talante medularmente cristiano de nuestras fiestas.

5. Tengamos en cuenta, además, que todos los festeros, de características religiosas tan distintas, que intervienen en nuestras fiestas están inmersos, como toda la sociedad, en un ya largo proceso de secularización, que tan dolorosamente experimentamos nosotros en el ejercicio de nuestro ministerio sacerdotal. Pero la secularización más que una doctrina es un ambiente, un aire que se respira por doquier. Ahora bien contra un ambiente no se puede luchar eficazmente más que oponiéndole otro ambiente de signo contrario. (Esa es una de las funciones importantísimas de la Iglesia actual: crear ambiente, oasis en los que se respire la fe).

Y la institución Fiestas, esencial y estructuralmente cristianas, es el ambiente imprescindible para cualquier pastoral festera medianamente inteligente. Que no se diga una vez más de nosotros: "los hijos de las tinieblas son más astutos que los hijos de la luz".

Si la fiesta-institución se secularizara, la secularización daría un paso de gigante en nuestros pueblos, especialmente con relación a las nuevas generaciones.

6. Algunas sugerencias prácticas:

- a) La unión de todos los párrocos, cuando son varias las parroquias en una ciudad, porque es algo que afecta a toda la población.
- b) Fiestas organizadas conjuntamente por el Ayuntamiento y la Iglesia. Dicho de un modo más directo: no se puede organizar la fiesta sin contar con la Iglesia.
- c) Mantener los actos religiosos que ya existen y, si fuese conveniente, aumentarlos.
- d) Dignificar los actos litúrgicos, especialmente la eucaristía.
- e) Catequesis a los niños, explicándoles el sentido religioso de las fiestas.
- f) Presencia informal del sacerdote, que es presencia de Iglesia, en la Fiesta.
- g) Catequizar y concienciar a los dirigentes: el objetivo más importante de todos. Se trata de una función específicamente laical, en el sentido del Concilio Vaticano II.